

SAN JOSE, COSTA RICA

15 Agosto de 1912

Año 11



Núm. 39

RENOVACIÓN

PUBLICACION QUINCENAL

Sociología - Arte - Ciencia

R. FALCO, Editor

Administración: 7ª Av. Este, 247

APARTADO 638

San José de Costa Rica

CONDICIONES:

Costa Rica (trimestre) ₡ 1.00

Extranjero (semestre) \$ 1.00 oro am.

ABONO ANTICIPADO

SUMARIO

El derecho a la salud. - III	
Terrible mortalidad.....	<i>Anselmo Lorenzo</i>
Historia de las ideas morales.	
V.- La moral hermética...	<i>Paul Gilie</i>
El alma de la escuela.....	<i>Luis de Zulueta</i>
Ricardo Flores Magón	<i>Sus admiradores</i>
Moral y Religión.....	<i>Th. Ribot</i>
Los crímenes del dinero....	<i>C. A. Laisant</i>
Sobran perros y faltan hijos.	<i>E. Diaz-Rotg</i>
Sol para el corazón.....	<i>Rubén Coto</i>
Acusando recibo	<i>La Dirección</i>

20 cénts.

SAN JOSE, COSTA RICA

Imprenta Alsina

Acusando recibo

Revistas. — Hemos comenzado a recibir las siguientes:

San Seleccion, Revista para niños, inteligentemente editada por las señoras Carmen Lira y Lilia González. El nombre con que sale este buen esfuerzo de educación infantil, corresponde a uno de los juegos más comunes entre los niños costarricenses.

Aplaudimos con todo nuestro entusiasmo las excelentes labores de esa publicación, primera en su género en Costa Rica, cuya falta tanto se hacía sentir.

Brazo y Cerebro, (New York, 270 West 4 th Street) 32 páginas de buena lectura, hermosas ilustraciones. En la cubierta se lee: *En la Arquita todo individuo es tirano del inferior, siervo del superior y ninguno alcanza su desarrollo normal.*

Humanidad, revista quincenal de educación y cultura social (Valencia, España, Torno del Hospital, 29 trí). En otro lugar reproducimos el primer artículo del N^o 2: *Los crímenes del dinero.*

El Tipógrafo Mexicano, órgano mensual de la Confederación Nacional de las Artes Gráficas, de México.

Wohlstand für Alle (Wien, XV. Bezirk, Maizstrabe Nr. 3, II/16). con un suplemento literario.

Germinal.—Hemos recibido el número extraordinario de esta simpática revista dedicado al notable propagandista latinoamericano Manuel Ugarte. Los proyectos que según leemos en el prospecto, que seguirá este periódico, no pueden menos que ser acreedores a la consideración nuestra y ser tomados en cuenta por el público sensato. *Germinal* será órgano de la propaganda latinoamericana en Costa Rica y lo dirige Roberto Valladares.

Establecemos gustosos el canje y saludamos de corazón a los buenos compañeros.

PERIODICOS

Se pueden adquirir en esta administración «Tierra!», de la Habana; «Regeneración», de Los Angeles, Cal. y «Tierra y Libertad», de Barcelona.

Números sueltos: 5 céntimos.

ALBUM RENOVACION.—Tenemos en venta interesantes tarjetas postales fotográficas, con retratos de hombres célebres. Cada serie vale **2 colones** y consta de 10 tarjetas. Está ya lista la primera serie: Eliseo Reclus, Emilio Zola, Francisco Ferrer, Anselmo Lorenzo, Luisa Michel, Miguel Bakunin, Sebastián Faure, Pedro Gori, Agustín Hamon, Manuel Ugarte.

Los pedidos deben ir acompañados del importe. Extranjero: **1 dolar oro am.**

El primer tomo de "RENOVACION" —Empastado con sencillez, pero con buen gusto, ofrecemos á nuestros lectores el primer tomo de **RENOVACION**. Precio de la encuadernación: en San José, **¢ 1.10**. En provincias: **¢ 1.25**. El precio del primer tomo en el extranjero es de **3 dollars oro americano**.

COMPAÑEROS.—Si queréis ayudar á la vida y difusión de **Renovación** suscribidos y buscadnos suscriptores. Se puede servir desde el primer número sin aumento de precio. El abono de la suscripción en el extranjero es: **2 dólares al año**. Pago anticipado. En Costa Rica: **1 colón trimestre**.

ALBUM RENOVACION

COMPRE la colección de postales fotográficas

San José, Costa Rica

— 15 de Agosto de 1912 —

RENOVACIÓN

SOCIOLOGÍA - ARTE - CIENCIA

Año II

Ricardo Falcó Mayor, Editor

Núm. 39



RICARDO FLORES MAGÓN

El derecho a la salud

III

Terrible mortalidad

Los actuales adelantos en medicina no concuerdan con la excesiva mortalidad de la época. No he de precisar cifras, que en una conferencia reduce siempre el oyente a relaciones comparativas, y en que, por tanto, no es necesaria la exactitud aritmética. Escaso es el número de los que alcanzan el término a que puede llegar la vida humana, y aun es dudoso que lo alcance alguien; ello es que en la escala de la longevidad no ascienden hombres y mujeres por igual y como resultado de identidad de condiciones vitales, sino mediante circunstancias accidentales de orden social.

La mortalidad de niños y ancianos, y el término medio de la vida, en relación con las clases sociales, comparados entre sí los datos propios por edades y por clases, dan resultados cruelmente asombrosos. Desconozco el número exacto y el aproximado; no importa: con una unidad de diferencia mortal ocasionada por ignorancia, descuido o privilegio, basta para lanzar enérgica protesta contra la causa o los causantes, porque la vida humana es respetable y ha de ser inviolable, y por serlo, como garantía del derecho de cada uno a vivir, de sí mismo y de los que amamos, es el objeto primordial de la ciencia, toda vez que al saber queremos dar satisfacción a las más nobles aspiraciones, deseos y necesidades de nuestro ser.

Pero no una unidad, incalculables unidades, prescindiendo de las matanzas bélicas, perdemos en tiempo de paz por el funcionamiento habitual de nuestro régimen social: hay poblaciones que presentan una mortalidad anual relativamente corta, y otras en que es exorbitante; dentro de una misma población hay también barriadas diferenciadas por la clase social

de sus habitantes, que ofrecen también esa misma desigualdad. Hay oficios mortíferos por sí y otros por los accidentes que ocasionan, dándose el triste caso de que por regla general la higiene y la previsión que pudiera atenuar tanta desgracia sea desatendida por infame idea de lucro, por no disminuir en ínfima cantidad el dividendo capitalista. Tomando la mortalidad por edades, según la clase social de los individuos, la muerte se ceba preferentemente en los pobres, sacrificando vidas de niños y ancianos con profusión, y reduciendo el término medio de la vida a una proporción comparativa horrorosa y hasta odiosa.

Triste, pero imprescindible es consignarlo: en una publicación científica y con la firma de un médico he hallado los siguientes datos y pensamientos:

La medicina es la ciencia de curar las gentes. Así resulta de lo que se lee en los libros que tratan del asunto y de lo que aprendimos en los hospitales universitarios; pero en la práctica de la vida...

Los días festivos venía a mi clínica un aprendiz de zapatero, su tez era verdosa como el yeso enmohecido, y padecía vértigos y desvanecimientos. Trabajaba desde las seis de la mañana hasta las once de la noche, en una estancia estrecha, obscura y húmeda. Hubiera necesitado abandonar aquel tugurio infecto, salir al campo y correr libremente al sol y al aire libre... Hube de limitarme a prescribir al paciente hierro y arsénico, y tranquilizarle pensando que había hecho algo por él.

Otro día se me presentaron un tejedor tísico, una lavandera y planchadora con eczema en las manos y un carretero con una hernia; les prescribí polvos, unguentos y vendajes, aconsejando al tejedor que evitara los sitios

lentos de polvo, a la lavandera que no se mojara las manos y al carretero que no levantara pesados fardos, y por toda respuesta suspiraron, me dieron gracias y me dijeron que aquel trabajo mortal era su único recurso de vida. Tales escenas más ó menos dolorosas, repetidas con mucha frecuencia me avergonzaron por mí, por la ciencia que profeso y por la sociedad en que ejerzo.

En 1820 descubrió Villermet que la mitad de los hijos de tejedores de Mulhouse morían antes de los quince meses. Aconsejó al fabricante que abonara el jornal sin trabajar durante seis semanas a las obreras parturientes, y, practicado el consejo, esa sola medida disminuyó la mortalidad infantil en la mitad sin la menor intervención de medicina.

Es indudable que la medicina indica las condiciones en que la salud y la curación de los enfermos son posibles; pero el médico ha de destruir las causas que esterilizan su actividad, contando con que por causas sociales se aumenta el número de desequilibrados, tísicos, sífilíticos, idiotas, alcohólicos, ciegos, sordos y tartamudos. Tomando como dato del estado fisiológico de un pueblo la proporción de hombres destinados al ejército, se la ve descender con la misma rapidez que el barómetro antes de la tempestad, dando lugar a la siguiente profesía de un antropólogo pesimista: «El ideal de una organización social conforme con las leyes de la armonía y de la solidaridad, corre peligro de no realizarse a consecuencia de la degeneración humana.»

No puede ser de otro modo: hay una higiene preservativa que puede ser conocida de todo el que sepa leer, y ha de ser fatalmente ignorada del enorme tanto por ciento de la población total, formado por los analfabetos que existen en nuestro país y en todo el mundo. Prescindiendo de los que no pueden ser higiénicos por ignorancia, la higiene, que puede ser practicada por los que saben leer y pueden aprender y cuyo nombre consta

en el Registro de la Propiedad como usufructuarios por no decir usurpadores de la riqueza social, es impracticable por todos aquellos que, ignorantes o ilustrados, constan únicamente en el Registro Civil, legalmente despojados del derecho a la vida en España y en todas las naciones, monarquías o repúblicas; porque como asalariados, dan por acesión el producto de su trabajo al propietario capitalista y sólo cuentan con un salario mínimo y eventual para comprar salud, bienestar, ciencia, amor y justicia.

Es evidente, por duro que sea reconocerlo rindiendo homenaje a la verdad, que en la Sociedad, que es resumen del concurso de la actividad humana, no se da a cada uno su parte en lo que es de todos, y existe en abundancia, sino que se vende por dinero, y el que carece de ese valor representativo, que no justifica su procedencia, que es bono al portador adquirido por fraude, usura, explotación y escasamente por el trabajo, no alcanza salud, bienestar ni ciencia y muere en deplorable abandono.

En tal situación social no hay, no puede haber ciencia eficaz de la salud, ni plácida y racional práctica de la vida; ciencia y práctica que debiera estar al alcance de todos y de cada uno; resultando al contrario, la aberración de que la especie humana, por efecto de haber progresado formando una sociedad dividida en clases privilegiadas y desheredadas, y transformado el instinto en inteligencia, dejó al inferior sin instinto, que al fin es una facultad mental rudimentaria, y le privó de saber, quedando el pobre ignorante sin la higiene instintiva y sin llegar a la higiene científica, y aun, si llega a conocerla, privado de practicarla si no puede comprarla.

Queda, pues, la higiene estancada al servicio de los poderosos y esterilizada en gran parte en las esferas intelectuales, sin vigorizar la vida de todos como es socialmente debido, cediendo tristemente el puesto al privilegio, a la superstición y a la charlatanería, y

la muerte recoge el fruto segando vidas humanas con horrible profusión.

Recogiendo antecedentes morbosos individuales de su clientela, cada médico podría reunir una colección de observaciones y datos que, centralizados ordenadamente, dieran luz suficiente para el estudio de la enfermedad en lo referente a sus causas; estudio interesantísimo y a mi ver tan necesario como el de sus efectos y su remedio.

Peréceme, y sea dicho contando con vuestra benevolencia, que las ciencias se han especializado demasiado, desentendiéndose más de lo debido del engranaje que las une y las confunde en el gran todo llamado la Ciencia. Tenemos idea de qué es un astrónomo, un químico, un físico, un geólogo, etc.; pero es tal el encadenamiento que liga la serie de los conocimientos, que no puede distinguirse la línea que los separa, y sólo por la especialidad de estudio y de aplicación se usan las denominaciones científicas. Por ejemplo: un astrónomo nos dará idea del movimiento de los cuerpos celestes; un químico nos ilustrará sobre la naturaleza de los cuerpos; un físico descubrirá la ley de la gravitación y nos enseñará los agentes que tienden a modificar el estado de los cuerpos sin modificar su naturaleza; un geólogo expondrá los materiales que componen nuestro globo, su naturaleza su situación y las causas determinantes de la misma; un geógrafo, nos describirá la Tierra en sus diferentes relaciones de suelo, clima, habitantes, razas, instituciones, historia; pero sin grandes nociones de química y física no se

comprende el astrónomo; y químicos y físicos tendrían poco que hacer si no aplicaran su ciencia a la astronomía, a la geología, a la geografía y por añadidura a la industria y a la agricultura.

Por analogía, como dije antes, la medicina está íntimamente ligada con la sociología. Un médico estudia la etiología de la enfermedad, no sólo respecto del cliente que solicita su asistencia facultativa ni del proceso corriente, sino también las causas productoras de la enfermedad en el medio ambiente, y como éstas pueden tener múltiples procedencias, como pueden provenir de ignorancia y de miseria, de falta de previsión, exceso de trabajo, alimentación deficiente, habitación insana, respiración deletérea y estado mental y pasional depresivo, asuntos interesantes e imprescindibles para la medicina de que entiendo particularmente la sociología, se sigue, no ya la necesidad del apoyo mutuo, sino la verdadera compenetración de ambas ciencias.

Más diré: se comprende el sociólogo desconocedor de la medicina, no el médico lego en sociología. No insistiré en la afirmación, por no justificar ni siquiera excusar la ignorancia en parte mínima, aunque reconozca la imposibilidad de abarcar la suma total de los actuales conocimientos médicos y sociológicos. Confirma cuanto acabo de exponer la opinión de un médico americano que casualmente ha venido a mis manos en forma de recorte de periódico.

«El porvenir de la medicina está en manos de los higienistas, cuya misión

Asistimos a una revolución universal de las ideas. El libre examen y la crítica son la característica de nuestros tiempos. Las revelaciones de los dioses, las dogmáticas sentencias de sus profetas, las místicas concepciones y las apocalípticas catilinarias de los intérpretes de la divinidad, las metafísicas lucubraciones de los sabios, las abstrusas ideas de la teología, de la moral y de la política imperantes hasta nuestros días, allá van en confuso tropel, en informe aquellarre, al montón de los vetustos errores, de los anacronismos fatales, producto de la ignorancia y de la maldad en torpe consorcio.

RICARDO MELLA

educadora consiste en preparar organismos aptos para resistir los embates de la enfermedad, y capaces de adquirir, por medio de la enfermedad misma, la necesaria inmunidad transmisible a sus descendientes. Es inútil luchar contra las leyes naturales; es útil, provechoso, eficaz y necesario

luchar con insistencia contra los vicios sociales, contra esa depravada higiene que convierte a los niños en flores de estufa, a las niñas en maniqués soportadores de ridículas modas, y a todos en viejos prematuros, neurasténicos y degenerados».

ANSELMO LORENZO

Historia de las ideas morales

V

La moral hermética

«La religión—dice Luis Menard—liga a todos los seres en una concepción general, y la moral, que regula las relaciones de los hombres, tiene su lugar en la religión, como el hombre tiene puesto en el conjunto del mundo». De ahí la necesidad de estudiar las religiones, a lo menos en sus prescripciones éticas, para el que estudia la historia de las ideas morales.

Todas las grandes religiones antiguas tenían una parte *esotérica*, o reservada únicamente a los iniciados, y una parte *exotérica* o popular. Pero en ninguna religión el *esoterismo* y el *exoterismo* fueron tan recortados y delimitados como en la religión egipcia.

El esoterismo egipcio fué el educador de las naciones—a las cuales dió Moisés, Tales, Pitágoras, Platón, etcétera—; le llamaremos hermetismo, de Hermes Trimegisto, su revelador legendario.

Los herméticos tenían la noción de un Dios Supremo y único, *Amon-Ra*, la obscuridad primitiva, el incomprendible germen de todas las cosas, del cual todos los otros dioses, todos los otros seres no son sino formas desarrolladas. El mundo procede del Dios supremo por emanaciones, casi como en el panteísmo hindú. Hay, sin embargo, esta diferencia, observada por Josef Fabre: que las emanaciones no tienen lugar por grupos y por clases, sino sencillamente por parejas, en las cuales los dos sexos están representa-

dos siempre, concepción menos favorable al régimen de las castas.

Pronto se adivina que semejante teogonía debía completarse con una moral dulce; no tanto, sin embargo, como la de la India. A veces las penas eran de extremo rigor. Por ejemplo:

Era condenado quien no impedía el crimen;

Era mutilado quien atentaba al pudor;

Se cortaba la nariz a la mujer adúltera;

Se cortaba la mano al guerrero culpable de cobardía.

En cambio, nada de la deprimente maceración brahmano-búdica.

En un tratado interpretado por Prisse, que tiene por autor *Phtah Hatpon*, anciano de sangre real, que escribía 3,700 años antes de la era vulgar el código hebreo, se dice:

«Si eres prudente, abastece bien tu casa, ama a tu mujer sin querella; aliméntala, adórnala; es el lujo de sus miembros. Perfúmalas, regocíjalas el tiempo que vivas; es un bien que debe ser digno de su poseedor. No seas brutal.»

El escriba *Ani*, venido después, se eleva mucho más en sus prescripciones morales. Se dirige a su hijo, y después de recordarle todo lo que su madre ha hecho por él, le dice:

«No pierdas jamás de vista el parto doloroso que has costado a tu madre,

ni todos los cuidados saludables que ha tenido contigo. No des lugar a que se queje de tí, por temor de que eleve sus manos hacia la Divinidad y que ésta escuche su queja».

Ani es gran enemigo de los vicios groseros; nos lo dice en términos muy explícitos:

«No seas glotón para llenar tu vientre hasta que no puedas tenerte en pie. Para otra felicidad te he dado la existencia».

Censura después extensamente la embriaguez, y a continuación del elogio de las cualidades necesarias para la administración doméstica, el orden, la dulzura paciente, la justicia y la fraternidad, añade:

«En el mismo espíritu, sé pacífico, habla con dulzura al que ha hablado brutalmente, huye de pleitos y disputas, trata bien a tu huésped, sé discreto; no seas murmurador ni charlatán. Sé moderado, constante y paciente en todas tus empresas».

Un papiros del Louvre ha suministrado además a Mr. Pierrat una pequeña recolección de apotegmas morales, algunos de los cuales son muy notables. El autor desconocido de estas Máximas se preocupa también, como *Ani*, del peligro de las malas relaciones y del deber de dar el buen ejemplo:

«No hagas tu compañero de un mal hombre.—No obres según los consejos de un tonto.—No te pasees con un insensato.—No te detengas a escuchar sus palabras.—No perviertas el corazón de tu compañero si es puro.—Que no haya, en el corazón de una madre, entrada para la amargura.—No maltrates a la mujer, cuya fuerza es menor que la tuya; encuentre ella en tí su protector.—No hagas sufrir a un niño a causa de su debilidad, préstale ayuda.—No te burles de los que de tí dependan.—No salves jamás tu vida a expensas de la de otro».

Pero el documento más interesante sobre la moral egipcia es el famoso capítulo CXXV del ritual fúnebre,

interpretado por Champollión, que le dió el nombre de *confesión negativa*.

Habiendo de responder en el Amiente a los cuarenta y dos jueces infernales, el muerto dice:

«Yo no he robado, no he engañado, no he blasfemado, no he mentido en justicia, no he cometido fraude contra los hombres, no he atormentado a viuda, no he hecho ejecutar a un jefe de trabajadores más trabajo que el que podía hacerse.—No he exitado ninguna perturbación.—No he hecho llorar a nadie.—No he sido perezoso.—No he sido negligente.—No me he embriagado.—No he dado órdenes injustas.—No he tenido una curiosidad indiscreta.—No he soltado mi boca a la charlatanería.—No he pegado a nadie.—No he matado.—No he ordenado el asesinato a traición.—No he causado temor a nadie.—No he murmurado de otro.—No he roído mi corazón de envidia.—No he intentado falsas acusaciones».

Al lado de esos preceptos generales, la apología del muerto en el tribunal de Osiris nos muestra unas prescripciones de policía y de orden público, que el interés común había elevado en Egipto al rango de los deberes que empeñan la conciencia. El muerto declara no haber interceptado los canales de irrigación ni haber dificultado la distribución de las aguas del río en el campo; sostiene que no ha deteriorado las piedras de la orilla que sirven para amarrar las barcas. Porque el Nilo era en Egipto el manantial de la fertilidad de los campos y la gran vía de comunicación.

La venta con peso falso y con falsa medida constituían dos pecados especiales.

Vienen a continuación las faltas contra la religión, procedentes de la arbitrariedad o del interés sacerdotales; pero que, en una sociedad teocrática como la del antiguo Egipto, tienen tanta importancia como los verdaderos atentados a la moral.

El muerto no se limita ante el tri-

bunal de Osiris a la denegación del mal que no ha cometido; habla del bien que ha hecho en su vida. Enumera las obras de misericordia que ha realizado, y aquí hallamos un verdadero acento de amor y de caridad universal y de plena humanidad.

«He dado—dice—de comer al que tenía hambre; he dado de beber al que tenía sed; he vestido al desnudo; he dado una barca al que se hallaba detenido en su camino».

Es imposible, en el estado actual de los estudios, asignar una fecha a la composición del capítulo CXXV del *Libro de los Muertos*, y quizá no se averiguará nunca; pero en la actualidad poseemos copias que remontan a los primeros tiempos de la XII dinastía, 3000 años antes de Cristo y unos 1,500 antes de Moisés. El *Libro de los Muertos*, del que se colocaba un ejemplar sobre cada momia, era una especie de pasaporte para el otro mundo, un certificado de buena vida y costumbres presentable a los dioses. Las fórmulas de esa recopilación nos representan las aspiraciones ideales, la moral teórica de los egipcios, y vemos que atestiguan, con claridad indiscutible, tendencias decididas y conscientes hacia una moralidad superior.

La legislación, por su parte, atestigua también esas tendencias morales.

Había leyes humanas, algunas de las cuales tenían un nivel medio superior a nuestra moralidad legal europea; por ejemplo, la que condenaba a muerte al que no acudía al socorro de un hombre atacado por asesinos.

Toda mujer en cinta, condenada a muerte, no sufría su pena hasta después del parto.

En oposición al salvaje rigor de todos los códigos militares, sin exceptuar los modernos, no se infligía sino una pena moral, la infamia, al soldado que desertaba de su puesto, y se le permitía la rehabilitación por actos de bravura,

De todos los informes que nos da Diodoro de Sicilia sobre la legislación

egipcia, resulta, en suma, que por brutales que fuesen algunas de sus penalidades, el antiguo Egipto había introducido cuidadosamente en sus leyes el elemento moral, tenía un vivísimo cuidado de la solidaridad social.

Esta teocracia, prototipo de la sociedad jerárquica, fué la gran escuela moral de la humanidad primitiva. Su influencia ha sido enorme y sus medios de acción muy sencillos. Aumentó seguramente el capital moral del género humano, especialmente los sentimientos de solidaridad, y fué un freno terrible, que poco a poco extinguió las inclinaciones salvajes legadas al hombre por la animalidad de que procedía. Siempre el castigo legal era de una dureza implacable; la pena se prodigaba sin medida. Los gobiernos cumplen siempre su obra brutalmente, destruyendo cuanto les resiste. El gobierno egipcio, humanitario a su manera, no toleraba la resistencia.

Esencialmente, esa educación brutal, impuesta a sus súbditos por los fundadores de aquel primitivo imperio, no difiere de la a que se someten el perro, el halcón y todos los animales cuyas inclinaciones naturales quieren modificarse adiestrándoles, pero es generalmente más dura. Su principal medio de acción es el terror; prodígase el castigo, la recompensa es rara, la autoridad se halla siempre dispuesta a pegar. En su escritura jeroglífica, los egipcios simbolizan el poder por un látigo.

Ese abuso de la fuerza, esa crueldad legal era quizá indispensable, era en todo caso el medio de acción dictado por las condiciones y la composición de las primeras sociedades: el salvajismo apenas acababa de ser rechazado, y señores y súbditos conservaban todavía aquel carácter. No es tarea fácil convertir salvajes en civilizados. Los gobernantes, los iniciados, que tenían la pretensión de saberlo todo, tenían además la de conducirlo todo, y se habían arrogado una dirección inquisi-

torial que regulaba todo y de todo se ocupaba.

En resumen, la civilización es una educación, una domesticación, y es necesario evidentemente disminuir la libertad de los animales que se domestican, de los niños que se educan. No es menos cierto que el yugo del educador o de los gobernantes no puede, sin causar perjuicio, pesar demasiado, y sobre todo mucho tiempo, sobre los hombros de los gobernados. Dondequiera que un gobierno despótico, aunque sea patriarcal y humanitario, dura mucho, deja tras de sí un pueblo envilecido, sin iniciativa, opuesto al progreso; es este un hecho general que proclaman a la vez la historia del pasado y la del presente.

En nuestras mismas sociedades contemporáneas, vemos los establecimien-

tos de educación, donde la disciplina es severa, donde los jóvenes permanecen hasta una edad relativamente avanzada, dar a la sociedad hombres fundidos en el mismo molde, muy propios tal vez para seguir la dirección que les ha sido indicada, no apartándose apenas de ella por haber perdido el deseo y la facultad de innovar.

Asimismo, en la historia, Egipto, Perú, Persia y la India concuerdan en enseñarnos que si la rígida disciplina de las monarquías primitivas tuvo la ventaja de dominar y civilizar al hombre salvaje, ha tenido también el grave inconveniente de extinguir en él el espíritu de iniciativa y de quebrantar su voluntad, es decir, de agotar el manantial mismo del progreso.

PAUL GILLE

El alma de la escuela

La escuela tiene un alma

Porque la escuela tiene un alma. Entendámonos bien: cuando digo alma, quiero decir simplemente una unidad de vida moral. Y, en este sentido, la escuela ha de tener un alma.

La escuela que no la tiene vale muy poco. Yo he visitado algunas veces escuelas instaladas en buenos locales, con mobiliario excelente, con material de sobra, con maestros instruídos y que enseñaban según métodos modernos. Y, después de asistir a dos o tres clases en estas escuelas, he salido descontento y triste.

¿Por qué? ¡Cómo explicarlo! Porque todo estaba bien, pero frío. Porque la enseñanza se daba perfectamente, pero de un modo mecánico. Porque allí faltaba el entusiasmo, la emoción, la fuerza interior, la idealidad. Porque la escuela no tenía alma.

¿Qué queréis vosotros para vuestros hijos? ¿Queréis que aprendan muchas cosas? Está bien, pero no es bastante. ¿Queréis que sepan ganarse la vida?

Está bien, pero tampoco es bastante. Hay hombres instruídos y muy hábiles para enriquecerse y no por eso menos dignos de desprecio. ¿Queréis, además, que vuestros hijos lleguen a ser hombres honrados, leales, enérgicos, tolerantes, laboriosos, abnegados, llenos de bondad? Pues eso sí que es bastante. Pero a eso no contribuirá la escuela por más mapas y aparatos que en ella veáis, si la escuela no tiene un alma.

Imaginad que se llegara un día a descubrir la manera de dar a los niños en forma de píldoras toda suerte de conocimientos. El padre tomaría en su mano izquierda una cajita recién comprada, y con la mano derecha iría sacando las píldoras pedagógicas. Su hijo, delante de él, y con la boca abierta, se las tragaría dócilmente. Píldora de lectura, píldora de escritura, píldora de aritmética, píldora de historia. En cinco minutos el niño quedaría convertido en sabio. Pero ¿sería eso una educación? No. El niño sabría mil cosas, pero no habría formado ni su razón ni su carácter. No

sería esta la educación de un ser humano.

¿Qué ideal ha de tener la escuela?

Se me ocurre que acaso me digáis: Sí, señor; la escuela ha de tener un ideal; ¿pero qué ideal? Porque los ideales pueden ser muchos.

A esto os respondería que, para mí, lo importante no es que la escuela tenga un ideal determinado, particular, concreto, sino que tenga una *idealidad*. No soy partidario de imponer a los niños ninguna doctrina cerrada. A los casinos librepensadores republicanos, les diría: Es natural que queráis fundar escuelas laicas y cívicas, pero no fundéis escuelas del partido republicano. A los centros nacionalistas, les diría: fundad escuelas catalanas; no las fundéis catalanistas.

Respetad la libertad del niño. Procurad que el día de mañana vuestros hijos tengan un ideal, pero no les exijáis que tengan el mismo que vosotros. ¿Véis la diferencia entre un ideal y una idealidad? La idealidad es el tono común, la nota común a todos los ideales. Lo que importa, pues, es que la escuela y la vida entera del niño estén envueltas en un ambiente de idealidad.

Escuelas laicas y escuelas católicas

La escuela ha de tener un alto sentido moral, decimos; la escuela ha de tener una idealidad, la escuela ha de tener un alma. En esto estamos conformes. Pero surge la cuestión de saber si esta alma de la escuela debe ser confesional católica, o simplemente religiosa, pero no confesional, o neutra en materia de religión, o laica o antirreligiosa. Aquí y ahora, la lucha está entablada principalmente entre la escuela católica y la escuela neutral. Y, al surgir esta cuestión, de tal manera apasiona los ánimos, que muchas veces olvidamos la otra cuestión, la que constituye el fundamento de ésta,

y es, en todos sentidos, verdaderamente fundamental. Olvidamos que la escuela ha de tener un alma.

Me explicaré. Hay católicos que se figuran que con fundar una escuela con mucho rezo y mucha doctrina cristiana, ya han fundado una perfecta escuela. Se equivocan. Las oraciones pueden ser puramente maquinales; el catecismo estar aprendido sólo de memoria y por rutina; la escuela no tener un alma. Con poner la asignatura de religión, nada se ha puesto, si al mismo tiempo no se pone virtud, afecto, entusiasmo, calor del corazón.

Y hay también librepensadores que juzgan que con suprimir la religión ya lo han hecho todo. «Tenemos una escuela laica», dicen muy ufanos. Sustituyen el Santo Cristo por un busto en yeso de la República, y ya se creen que están resueltos todos los problemas. Se equivocan también, y a veces con la mejor fé del mundo. De nada sirve suprimir el catecismo si no se da a toda la escuela un tono elevado, si en ella no florecen los sentimientos más puros y libres de la humanidad.

No pregonéis a gritos como el gran mérito de vuestras escuelas: «¡Aquí se enseña el catecismo!»; o bien: «¡Venid aquí, que no hay catecismo!»; No. Yo creo, oídlo bien, que la lucha entre la escuela católica y la escuela neutral, tiene una extraordinaria importancia. Personalmente, he tomado y tomaré toda parte que pueda en esta lucha. No debe, sin embargo, hacernos olvidar que de ella sola no depende el porvenir de la escuela. Cuando habléis de vuestras escuelas, no dejéis de explicar si la instrucción religiosa se da o no se da, o se da sólo a algunos. Pero decid antes cómo entendéis la educación moral, decid que tenéis un ideal de perfección humana, decid que vuestras escuelas tienen un alma que interiormente las vivica.

LUIS DE ZULUETA

AGRADECEREMOS a los suscritores la cancelación de los recibos

Ricardo Flores Magón

He allí la gallarda figura de un cruzado de las luchas contemporáneas, que pretenden ser las de la libertad y la justicia.

Entendimiento vivaz y voluntad enérgica, brazo infatigable y corazón bien puesto. Esas son las prendas que avaloran la bizarra actuación de este rebelde.

Tenía apenas diecisiete años cuando ya figuraba en los intentos revolucionarios que ponían su intermitente marejada en la tranquilidad de cementerio que hizo imperar en Méjico la omnipotente voluntad de aquel Porfirio, hábil tendedor de rieles sobre llanuras de iniquidad y sumisión.

Y lo que en un principio fué pugna política contra la tiranía de un hombre empecinado, fué poco a poco tomando los caracteres sociales que han hecho de la actual contienda mejicana una verdadera lucha agraria cuyo término no es posible señalar.

Ricardo Flores Magón es bandera de revuelta. Dueño de un vigor incansable y de una inteligencia visionaria, ha dirigido desde su campo de operaciones establecido en Los Angeles, California, la empresa libertaria de su país. Multiplicando su esfuerzo en todas direcciones, cuándo en la Prensa, cuándo en la Tribuna, ora en la vertiginosa conmoción del mitin, ora en el astuto sigilo de la propaganda individual privada, ha reunido en un solo haz de empeños y ha cristalizado en un solo bloque de recursos,

las ansias desbordantes del alma proletaria del mundo y las ha lanzado sobre la plutocracia mejicana, como lluvia candente y devastadora.

Por eso, la burguesía mexicana ha puesto en juego las potencias de su oro para pagar la *alta justicia* del país clásico de la libertad. Por eso, merced a las maquinaciones de sus instituciones aliadas, ha logrado recluir en el presidio de Mc Neil Island al paladín de la causa proletaria y a sus compañeros de Junta, señores Librado Rivera, Anselmo Figueroa y Enrique Flores Magón, condenados a veintitrés meses de cárcel por el Jurado Federal de Los Angeles, imputándoseles la violación de la sedicente neutralidad norteamericana.

Los rubios filibusteros del Norte que llevan a Cuba y a Nicaragua con cínicos alardes los fermentos de las revueltas políticas que ensangrientan y envilecen los campos de la América sojuzgada, sacrifican la libertad de estos abanderados del conflicto social, para poner a salvo el decoro de su neutralidad!

Luchadores del campo social, que tenemos puesta toda nuestra fe en las victorias del porvenir, unimos nuestra voz a la protesta en todo el mundo levantada contra la llamada Justicia Norteamericana que sabe ser dócil instrumento de la depredación burguesa, y dirigimos desde aquí a los distinguidos presidiarios nuestro afectuoso saludo de confraternidad.

Moral y religión

Primitivamente el sentimiento religioso es una forma afectiva especial; el sentimiento moral es otra forma. Hay primero las religiones puramente naturalistas, más tarde las religiones morales. Una porción de hechos demuestra que, en su origen, el sentimiento religioso no es sólo extraño a la moral, sino que está en contradicción con ella. Bien conocidas son las acerbas críticas de los filósofos griegos contra la religión reinante, toda llena de mitos procedentes de un naturalismo primitivo que ni los creyentes ni los mismos filósofos comprendían. Los criminalistas contemporáneos han demostrado que las prostitutas y hasta los criminales feroces no omiten ningún acto de devoción. Esto es porque el sentimiento religioso, en su origen y completamente solo, es en el fondo egoísta y únicamente le preocupa la salvación individual. — TH. RIBOT.

Los crímenes del dinero

Nuestras sociedades modernas, fundadas sobre la opresión y la explotación, sobre el desprecio de la libertad, de la justicia y la razón, han engendrado naturalmente la soberana potencia que de por sí sola conduce al mundo: potencia del dinero, del medio de cambio que todo lo permite, cuando se dispone en cantidad suficiente. Con mucho dinero pueden satisfacer todas sus pasiones y todos sus caprichos; se compra la impunidad de cuantos crímenes puedan cometer, los que permitirán amasar aún más dinero y disponer de mayor número de esclavos.

Por eso los hombres de Estado del presente momento histórico tienen apenas un pequeño parecido con sus ascendientes. Antes hubo ambiciosos, ahora son tragones. En el pasado se les veía altivos, orgullosos; hoy no son sino mercenarios, de hinojos ante las potencias financieras.

El ejemplo dado así desde arriba, nada tiene de extraordinario que muchos intenten imitarlo en la multitud inconsciente y que la criminalidad se acreciente. Muchos, ladinos o imbéciles, fingen sorpresa. Yo, por el contrario, estoy sorprendido de que el número de criminales no sea mucho más considerable, siendo así que toda la organización social descansa sobre el crimen triunfante.

Pero de entre esos crímenes, cuyo relato llena por lo menos la mitad de las columnas de la prensa diaria, sería bien interesante y útil establecer una clasificación. Y la que yo propongo es bien sencilla.

Primero convendría agrupar todos los que tienen por móvil el dinero, de un modo directo o indirecto. Y entiendo por ello que la apropiación de objetos de valor o de utilidad, por la violencia o por la astucia, equivalen a un robo de dinero. De una parte, en efecto, esos objetos son arrebatados frecuentemente con el solo objeto de ser vendidos ulteriormente; y de otra

parte, si la institución del dinero no existiera, nadie tendría el pensamiento de procurarse por fraude lo que tendría a su disposición con toda naturalidad. El «crimen» de un hombre que toma un pan de la anaquelaría del panadero porque sus hijos tienen hambre, es, por lo tanto, un crimen del dinero.

Conviene observar también que muchos atentados contra las personas imputados a la venganza, a pruritos de honor, etc., son con frecuencia motivados, de hecho, por sentimientos de avidez que se revelan hasta la evidencia como correspondientes al primer examen.

Quedarán en la segunda categoría los crímenes pasionales de toda naturaleza, entre los cuales se hallarán los a causa de alienación mental, notablemente la locura alcohólica, en gran número de casos, si queremos entregarnos a esta clase de investigaciones como lo hacen los jueces.

Pero haciendo tabla rasa de sutiles distinciones, tomando los hechos en su grosera apariencia, nada sería más interesante que el establecimiento de la estadística brutal de que se trata; de una parte, el número de crímenes de la categoría A, que tiene el dinero como móvil; de otra, los de la categoría B, provocados por otros motivos. Bastaría solamente con un poco de continuidad y de paciencia.

Yo lo he intentado parcialmente algunas veces, tomando un periódico cualquiera, recorriendo sus columnas de sucesos y tribunales, y nunca el término medio de la categoría A ha sido inferior en esas observaciones al ochenta por ciento de la totalidad. Y obsérvese bien: yo no he descontado sino aquellos crímenes reputados como tales oficialmente por nuestra sociedad burguesa y financiera. Cuando me entero que un obrero ha muerto en un hundimiento porque el contratista que lo empleaba, por razones de economía, se había descuidado de tomar las precauciones necesarias, no

cuento ese hecho. Sin embargo, ese contratista es un asesino y su crimen ha sido por ganar más dinero. Las mil quinientas víctimas de la catástrofe de Courrières tampoco las he contado; ello no obstante, fueron asesinadas en beneficio de los administradores de la compañía, y, por lo tanto, esos altos y poderosos señores eran unos asesinos. Y las gentes que los han inmunizado son culpables de complicidad del monstruoso asesinato.

Si se ensayara el hacer un cómputo «moral» y no «legal», no sería sólo un ochenta por cien solamente los crímenes incluídos en la primera categoría, sino un novecientos noventa y nueve por mil, y tal vez más.

Al exponer lo que precede, espero inducir al mayor número posible de personas a continuar este género de observaciones, quizás con más fortuna que yo he podido hacerlo. Espero conducir las de ese modo, por ellas mismas, a las siguientes conclusiones: Que en una sociedad de seres libres y razonables el dinero desaparecerá; que es el gran malhechor social; y que, según la expresión bien justa de Tolstoy, el dinero, en nuestro mundo actual, a despecho de apariencias y mentiras, no es un instrumento de cambio, sino instrumento de opresión.

C. A. LAISANT

Sobran perros y faltan hijos

En dos días ha habido dos hechos que se compenetran; la clausura de la Exposición canina y el resultado del censo demográfico de Francia relativo a 1911.

Mientras el rollizo Presidente de la República acariciaba en sus brazos á la perrita *griffone*, belga, *Buzette*, de dos años de edad y de un poco más de un kilo de peso, que ha obtenido el primer premio en la Exposición perruna, la estadística decía que la población de Francia había disminuido en casi 35,000 habitantes en 1911.

La Exposición canina, a la que dos mil expositores entusiastas enviaron otros tantos ejemplares de nuestro fiel compañero el perro, ha sido como la glorificación de éste, como una prueba decisiva de la parte interesantísima que ocupa en la sociedad francesa. El perro se ha convertido para cierta gente en un artículo de imprescindible necesidad.

Podrá no haber, y sin duda no la hay, ninguna relación entre la pasión por el perro y la indiferencia por los hijos, pero lo cierto es que en las casas donde el primero abunda, los últimos faltan por completo. La prueba

está en los hogares franceses, y en cualquiera de los paseos frecuentados por la gente de tono o de la galantería. Cada señora lleva su perrito del lazo o disimulado [bajo el brazo. Si está sentada en un café, a sus pies o a su lado, veréis, casi sin excepción, el consabido perro, y cuando os fijéis en un automóvil ocupado por una dama, veréis asomar por la ventanilla un hociquillo sonrosado [bajo el brazo, de *griffon* o de *terrier* o una dentadura blanquísimas de dogo enano y patitorcido, de esos que ahora son el *dernier cri*.

¿Muchachos, criaturas, hijos? No los encontraréis ni con el candil al lado de esas damas y damiselas «de perro». Estuve en la clausura de la Exposición canina y sólo pude contar siete muchachos en el salón, acompañados por personas que no llevaban perro. La mayoría de los demás concurrentes iban solos o con un can al lado. Para completar la prueba visité el mismo día los parajes que suelen estar concurridos por niños y noté la ausencia absoluta de perros. Esto, añadido al gusto creciente que tienen los señores de poseer un perro y a la disminución correlativa del número de

nacimientos me hizo creer, al menos por lo que a Francia se refiere, que hijos y perros son términos antitéticos.

Los hijos comienzan a dar horror a los matrimonios franceses. La mujer quiere ser esposa para disfrutar de las ventajas extraordinarias que le da la posesión de un marido; pero en cuanto a ser madre... *je n'aime pas cette saleté lá* (no me gusta esa porquería) os contestarán algunas. Para ese tipo de mujer casada francesa, el hijo es, si no una *saleté*, como oírís de labios de las señoras de cierto género, una carga pesada que no presenta ninguna ventaja, sobre todo cuando esas esposas están de paso en el matrimonio, es decir, como excusa para aprovechar la *tapadera* marital, o como medio de convertirse en divorciadas. Ese tipo de casada sin hijos es hoy tan corriente en la sociedad francesa, que a quien lo negara bastaría decirle que la población de Francia perdió en 1911 unos 35,000 habitantes debido a la falta de nacimientos. Es de advertir que el número de casamientos fué el normal y que las condiciones sanitarias del país fueron excelentes; de modo que aquel atroz decrecimiento de población se explica únicamente por el hecho de no haber procreado los matrimonios.

Como consecuencia lógica, aumenta la pasión por los perros, porque en el hogar doméstico ha de haber algo que alegre, que entretenga, que alborote y, en último término, que se coma las sobras de la comida. ¿Qué mejor, pues, que un perro? Este no destru-

ye los muebles, no gasta en vestidos, no llora, no marranea, no ata, no sujeta, no impone obligaciones, ni estraga a su ama por el parto o por la crianza, como hace un chiquillo, esa *saleté* que miran con horror tantísimos matrimonios franceses. Un perro es un objeto de lujo barato; puede obtener premios en las Exposiciones, atrae las miradas de la gente hacia su ama y entretiene las horas de tedio con sus monerías, con su *toilette* o con habilidades poco confesables.

A la muchacha soltera de antaño se le daba un muñeco, se le enseñaba a ser madre; a la señorita de hoy se le da un perrito, que la futura esposa utiliza de mil maneras poniendo en él afectos y cariños que a la larga matarán el amor maternal. No es esto ninguna exageración, sino una realidad que entra por los ojos al menos observador. El perro se sobrepone al hijo y a medida que avanza aquél éste retrocede. Entre tanto los alemanes, sanos de cuerpo y espíritu, y las alemanas, caseras, prolíficas, verdaderas máquinas de hijos, se regocijan y fomentan la afición perruna de las señoras y señoritas francesas. Pues ¡qué! ¿No son ellos, los alemanes malignos, quienes han creado e importado en Francia ese monísimo y delicado tipo de perro llamado lulú de Pomerania que trae revolucionadas a las parisien-ses? Ya no es con cañones, sino con perros! como acaban con la raza enemiga.

E. DIAZ-REYG

París, junio 1912.

Sol para el corazón

Querida Mencha:

... Caminando a la ventura, afuerado de la ciudad, me interné por una calleja, la más ruinosa, florecida de silencio. En un recodo del camino di con un denso mango a cuyo pie, mustia, se alza una vivienda. ¡Si vieras cuánto olvido circunda a aquella choza!

Tumbado en el umbral de la única

entrada se hallaba un niño de los mismos años, a mi ver, de tu hermano Alfonso. Un rubio muchachito soportando impasible las más ardientes vibraciones del sol.

—¿Es que sientes frío?

—Yo, no, es para mi hermanita.

Confuso con la infantil respuesta, añadí:

—No acierto.

—No sabe, es que la pobre no deja la cama desde hace dos semanas, como está tan mala... y dice que siente mucho frío.

Con ánimo de descubrir aquel misterio quedé contemplando al pequeño. A poco alzó la voz:

—Bytí, tengo recogida otra porción. ¿Quieres más sol, Bytí?

Y se introdujo velozmente hasta el fondo de la vivienda. Sentí que algo irresistible me arrastraba en pos del niño y seguí tras él.

—¿Ves?, le oí decir en el momento en que abrazaba dulcemente a la enferma, ¿ves?, ahora sí he traído bastante sol. ¿Sientes menos frío ahora, Bytí?

Al sentir el contacto de aquel cuerpecito cargado de sol, la niña abrió con delicia unos hermosos ojos negros —hermosos como los tuyos—, en ellos pude deletrear un encanto que pasó con las alas extendidas. Entornólos luego, y quedó dormida...

RUBÉN COTO

Acusando recibo

Banco Hipotecario, exposición y proyecto respectivo presentados al Congreso Constitucional de Costa Rica por el diputado don ALFREDO GONZÁLEZ. Trabajo serio y muy bien intencionado. Oigamos la conclusión del ilustrado autor:

«Mi sincero deseo es contribuir en la medida de mis fuerzas y desde mi puesto de diputado á la prosperidad del agricultor de Costa Rica que ha conquistado ya su libertad política, pero que todavía siente el acicate de la usura, que es otra forma de esclavitud y que lo condena a la miseria. «Agricultor rico en país libre» debe ser nuestro lema: ojalá que yo consiguiera con mi proyecto contribuir a que esa frase sea el distintivo del costarricense».

The Future of Latin America, aplaudida conferencia de MANUEL UGARTE, en la Universidad de Columbia, el 9 de julio de 1912.

Lucha de Razas, conferencia dictada el 3 de julio de 1912 en el Circo-Teatro de San José, por don ALEJANDRO BERMÚDEZ. Citamos el exordio:

«En el desempeño de una voluntaria y elevada misión de trascendencia continental, en el ejercicio de un verdadero apostolado, completamente raro en los tiempos mercantilistas que vivimos, y cumpliendo un generoso

designio, con la fuerza de voluntad que sirve de armadura para la lucha a los paladines de las grandes causas, llegó hace pocos días a Costa Rica el literato y conferencista argentino, Manuel Ugarte.

«Habló en el Ateneo de pasatiempos literarios, dedicó á la «Sociedad de Trabajadores» hermosos pensamientos de propaganda socialista y de fraternidad latino-americana; y luego, al aire libre y ante un inmenso auditorio, dictó su conferencia magistral sobre el peligro *yankee* y sobre el deber, ineludible para la América Latina, de prepararse a conjurarlo por medio de la unión vigorosa de las entidades políticas amenazadas, principiando esa magna labor por procurar la unión de los pueblos, ya que se hace difícil, por ahora, establecer la unión de los gobiernos.

«Distintas apreciaciones se hicieron sobre los discursos y la manera de lanzar el señor Ugarte sus pensamientos al público; pero creo no equivocarme al decir que es general la opinión de que la causa que él defiende y predica es nobilísima y alta, por más que algunos la coloquen en la categoría de las cosas imposibles y de los sueños irrealizables.

«El conferencista no es un agitador de muchedumbres ni un tribuno que se exalta defendiendo un programa político determinado para llevar al

pueblo en frenesí al asalto de una fortaleza enemiga; no, él dice su sentir sencilla y tranquilamente, como en una plática familiar, exponiendo sus razonamientos con el método que aconsejan la observación y la experiencia; tocando suavemente los secretos resortes del alma popular para hacer vibrar en ella un sentimiento común de legítima defensa ante la perspectiva de un peligro evidente, que amenaza a muchas entidades de la misma índole y que, por lo tanto, pueden compactarse para afrontarlo con resolución unánime. No le preocupa a él que se le aplauda: lo que le preocupa es que se le oiga con buena voluntad, como a un amigo que viene desde lejos a ofrecer su contingente de fraternal energía para la lucha en que nos hemos de empeñar defendiendo nuestra tierra y el porvenir de nuestros hijos, contra la agresión del extranjero que se prepara cauteloso para arrebatararnos nuestro patrimonio y clavar su gonfalon de conquista donde hoy flamea orgullosa y libre la Bandera de la Patria.

»Después hemos tenido la oportunidad de escuchar la palabra vibrante de Alejandro Rivas Vázquez, político y orador venezolano de indiscutible brillantez, que sabe armonizar los entusiasmos de su pecho juvenil con la intrincada labor social del caudillo que se empeña por destruir la tiranía odiosa que gravita sobre el corazón de sus hermanos. Argumentación fácil, envuelta en los ropajes de una elocuencia sonora como el caudal del Orinoco y pensamientos atrevidos, escapados de un cerebro revolucionario, que vibran sobre la cabeza de la multitud como rojas banderas de combate. Tal, el discurso de Rivas Vázquez.»

Nota de la Dirección: Una palabra del discurso de Rivas Vázquez (27 mayo 1912):

«Comenzaré por declarar paladinamente, y como venezolano, que si yo temiese el imperialismo yanqui, sería, no porque este imperialismo tenga algo de más odioso, de más brutal o de más osado que el inglés, que el alemán o el francés, en los tiempos

que corren, o que el español, el turco, el romano, el griego o el persa, en otras edades, sino, sencillamente, porque mi Patria es débil, porque mi Patria es pobre, porque a las águilas que un día posaron victoriosas sobre cumbres de gloria y de heroísmo fulgurantes, la mano siniestra y maldita de la tiranía ha cortado alas, picos y garras.

»La cuestión, pues, en mi concepto, no es de raza: es de pueblos fuertes que aspiran naturalmente al predominio en sus relaciones con los pueblos débiles, y, en consecuencia, no ser débil, esto es, disponer de los medios materiales suficientes para defender el derecho a vivir, considerados y libres, he aquí el *quid* de la cuestión».

Bosquejos, Retratos, Recuerdos, obra póstuma de ENRIQUE PIÑEYRO (Casa editorial Garnier Hermanos, París). Muy interesantes páginas acerca de Cienfuegos, Víctor Hugo, Guzmán Blanco, J. M. de Heredia, Blanco White, Gertrudis Gómez de Avellaneda, etc. Leamos la primer página:

«Ahora que bajo la rúbrica de modernismo y con otros nombres más o menos expresivos nacen y viven, tanto en España como en países iberoamericanos, nuevas escuelas literarias, en la prosa lo mismo que en poesía, y en ésta naturalmente mucho más que en aquélla; ahora también que todas esas escuelas pregonan, sostienen y aprovechan las ventajas de sacudir y repudiar preceptos de muy antiguo recomendados y practicados por gramáticos y retóricos, de establecer una métrica especial, libérrima, anárquica, ejerciendo sin trabas y sin tasa el derecho que innegablemente les asiste de inventar tantos vocablos nuevos como en la práctica de su arte novísimo estimen necesario; ahora, en fin, me figuro que es momento oportuno de sacar del olvido, de refrescar en lo posible la memoria de un ilustre español, lírico y dramático, del siglo XVIII, en sus días vivamente aplaudido y admirado por muchos, por otros atacado y vituperado con no menor viveza; escritor

original también, que atropelló reglas e inventó vocablos cada vez que las unas le estorbaron, o que juzgó los otros serle necesarios; pero que es en definitiva a mi parecer una de las contadas figuras interesantes que ofrecen las bellas letras en España durante los años finales del siglo XVIII y los primeros del XIX.

Refiérome á don Nicasio Álvarez de Cienfuegos, escritor muy digno en realidad de verse colocado, si no a la misma altura, no muy lejos del puesto que por méritos diversos ocuparon durante el mismo período: don Gaspar Melchor de Jovellanos, el mejor prosista de su época, don Leandro Fernández de Moratín, cómico y satírico de orden elevado; y el que se reconocía él mismo discípulo de Cienfuegos, el gran Quintana, lírico sin disputa no inferior en su línea a ninguno de cuantos en su patria vivieron y escribieron antes».

Gladys Fairfield, novela por ALBERTO BLEST GANA (París, Garnier Hermanos, 1912). Abriendo al acaso, leemos (página 5):

«Alta y airosa en sus movimientos Mrs. Fairfield personificaba, con la inconsciente arrogancia de su porte y de sus maneras, el tipo prestigioso de la mujer norteamericana, al que las distintas razas que lo forman parecen haber contribuido cada una con sus más aventajadas cualidades. Belleza de conjunto, que se escapa a la proflijidad de un análisis de detalle; esbeltez, soltura y gracia, combinadas en seductoras proporciones; pequeño rostro, coronada la frente de abundante cabellera; fino cutis de diáfana pureza; franco mirar de serena confianza en las dichas de la vida; altiva frente, cuello erguido, boca dócil al reír, sin las nerviosas contracciones de la coquetería: mujer enérgica en el sentimiento y en la acción».

Peut-on rester chrétien?— Conferencia de OTTO KARMIN, Doctor en Filosofía, Privat-docent en la Universidad de Ginebra, encargado de curso en el Colegio Libre de Ciencias Socia-

les de París. Acompañan las réplicas de Carlos Byse (pastor consultante), de Sublet-Lugrin (jefe de instituto), de Fernando Barth (agente de las Uniones Cristianas) y de Luis Emery (profesor de teología) y las contrarréplicas del autor.—¿Puede uno seguir siendo cristiano? se pregunta el eminente conferencista. Demuestra primero que el dominio de la *fe pura* es distinto del dominio de la *ciencia pura*, es decir, de la ciencia sin idea preconcebida. Demuestra luego que tampoco el arte tiene que ver con el cristianismo. Hace después una excursión en el país de la ética y prueba que el cristianismo y la moral no son de la misma esencia, y que pueden marchar mano a mano tanto como pueden también combatirse. Concluye así:

«Si se limita el cristianismo a una experiencia *puramente sentimental*, no hay inconciliabilidad con otros hechos, puesto que esos otros hechos son eliminados.

«Si se admite no sólo la posibilidad sino también la realidad de una verdad contradictoria a sí misma, no hay inconciliabilidad entre la lógica y el cristianismo, puesto que la lógica, por la misma suposición hecha, es eliminada.

«Si, al contrario, se considera que no puede haber verdad contradictoria á sí misma, que la lógica debe regir toda operación intelectual, científica u otra, que pretenda a verdad, entonces la incompatibilidad está dada y **PRECISA: O RENUNCIAR A TODO RAZONAMIENTO, O RENUNCIAR A LA LÓGICA, EN EL RAZONAMIENTO O RENUNCIAR A SER CRISTIANO**».

Particularmente nos ha interesado la contrarréplica al profesor Emery. Concede éste que hay individuos que son a la vez ateos y de un gran valor moral; pero sostiene que «la causa de su moralidad no está en su ateísmo, sino en su temperamento, en su educación, en su mentalidad». —«Perfectamente cierto, contesta Karmin; pero entonces se podría quizás reemplazar el cristianismo con alguna cosa que tenga sus ventajas morales sin tener sus inconvenientes intelectuales».

BIBLIOTECA DOMENECH

NOVELAS INÉDITAS

originales de los principales autores ESPAÑOLES y AMERICANOS
alternadas con
LAS MEJORES PRODUCCIONES LITERARIAS del Extranjero

Tomos lujosamente encuadernados de 225 á 300 páginas

A cuatro reales tomo

OBRAS PUBLICADAS

Almas anónimas, Eduardo Marquina.
Manzana de Anís, Francis Jammes.
El caso Leavenworth, esta obra consta de dos tomos, A. K. Green.
Jacobé, Joaquín Ruyra.
Zalacain el aventurero, Pío Baroja.
Juventud de Príncipe, W. M. Forster.
Tom Sawyer, detective, Mark Twain.
El amor catedrático, G. Martínez Sierra.
La enjuta, Víctor Catalá.
Dios salve á la Reina, Allen Upward.
La bella dormía en el bosque..., François de Nion.
Rebeldía, Joaquín Dicenta.
El señor de Halleborg, A. Hedenstjerna.
Casa por alquilar, Carlos Dickens.
Minnie, Andrés Lichtenberger.
El dragón de fuego, Jacinto Benavente.
Boda oficial, R. H. Savage.
Rey en la tumba, Anthony Hope.
Fausto, Ivan Turgueneff.
El silencio, Eduardo Rod.
Jerusalén en Dalecarlia, S. Lagerlof.
Historias de locos, Miguel Sawa.

Kolstomero, León Tolstoi.
Ernestina, Prudencio Bertrana.
El hurto sabroso, novela árabe, traducida por José Carner.
Apuntes de un desconocido, 2 tomos, Fedor Dostoyewsky.
Las cerezas del cementerio, G. Miró.
El espada Montes, Frank Harris.
La voz de las campanas, C. Dickens.

EN PRENSA

En preparación la sentidísima novela, de fama mundial, del insigne novelista americano JORGE ISAACS, **MARIA**.

La edición de esta obra á cargo de la «Biblioteca Domenech» será la mejor de cuantas se hayan publicado.

La ilustrará profusamente el celebrado dibujante J. JUNCEDA.

Nerto, Federico Mistral.
Sus hermanas, Henri Lavedan.
El Lunar, Alfredo de Musset.
La Puñalada, Marián Vayreda.
Ansias de Vida, Luis Q. Huertos.

Se atienden órdenes por correo si van acompañadas del importe

AGENTES EN CENTRO AMERICA:

Ricardo Falcó M. y José María Zeledón

7ª Avenida, Este, 247. — Apartado 638, SAN JOSE, COSTA RICA

OBRAS NUEVAS

Apuntes de un desconocido. — **Las cerezas del cementerio.**
El espada Montes. — **La voz de las campanas**
El dragón de fuego y Fausto que estaban agotadas hacía tiempo.

ALMACEN DE VIVERES

Tejidos de todas clases,
Vinos, Licores, Ferretería, Perfumería, etc., etc.

Todo exclusivamente por mayor

La Alhambra

Esta casa no tiene sucursales

PAGÉS Y COMPAÑÍA

En la Sociedad de Agencias Editoriales DE FALCÓ & ZELEDÓN

Están á la venta las siguientes importantes obras:

Un drama bajo Napoleón I

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

El misterio de Clomber

por A. CONAN DOYLE. Un tomo en rústica: ₡ 0.50.

Varias Historias

por MACHADO DE ASSIS. Un tomo empastado: ₡ 1.00.

A bordo y en tierra

por FENIMORE COOPER. Dos tomos empastados: ₡ 2.00.

La gloria de don Ramiro

por ENRIQUE R. LARRETA. Un tomo empastado: ₡ 1.50.

Las Tenazas

por PABLO HERVIEU. Comedia en tres actos: ₡ 0.50.

Album Renovación

Tenemos en venta interesantes tarjetas postales fotográficas, con retratos de hombres célebres. Cada serie vaie 2 colones y consta de 10 tarjetas. Está ya lista la primera serie: Reclus, Zola, Ferrer, Lorenzo, Michel, Bakunin, Faure, Gori, Hamon, Ugarte.—Los pedidos deben ir acompañados del importe. Extranjero: 1 dolar oro americano.

La destrucción de Cartago

por EMILIO SALGAR. Consta de 12 cuadernos, á ₡ 0.20 cada uno.

Auxiliar del Arquitecto y del Ingeniero constructor

por CARLOS SÉR, Ingeniero Civil. Un tomo empastado, con varios grabados: ₡ 3.00.